

IMAGENES

Carlos Ancira

A Thelma, con el
amor del primer día

SE ESTRENO EN EL TEATRO ORIENTACION

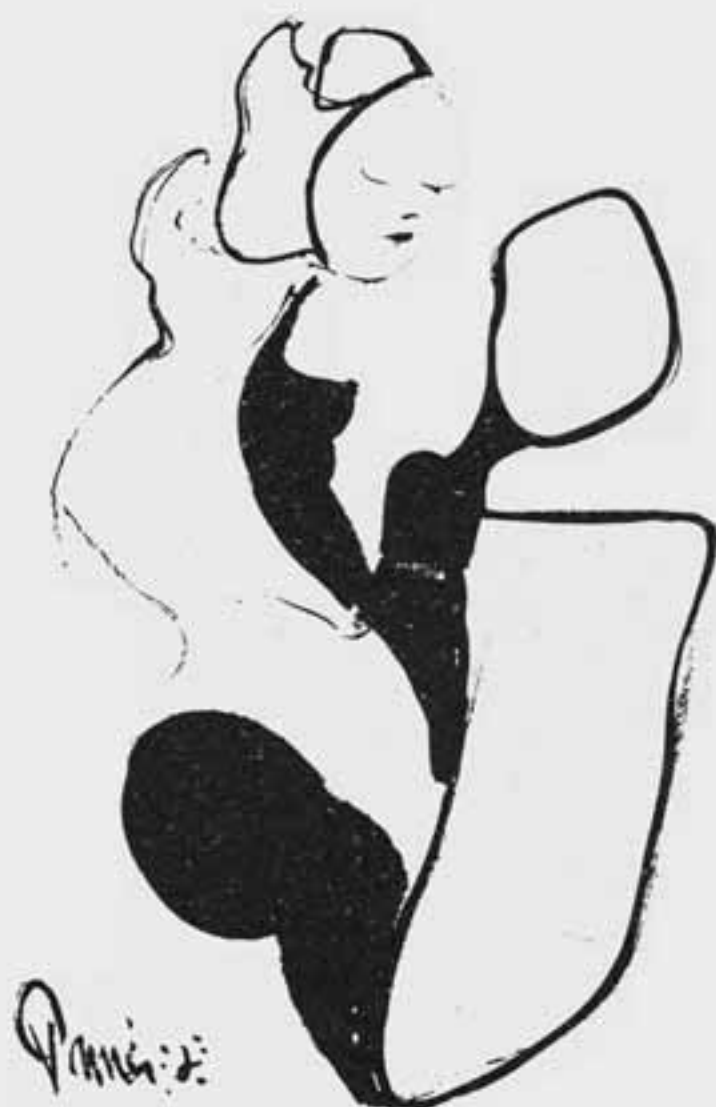
DIRECTOR : *Jorge Landeta*

ESCENOGRAFO : *Enrique Reyes*

PANTOMIMAS : *Salvador Zea*

ASISTENTE DE
DIRECCION: *Antonio García Torres*

Septiembre de 1973



VOZ TRASPUNTE: Tercera llamada. Tercera llamada. Rogamos atentamente al respetable público se sirva ocupar sus localidades. Comenzamos.

(Pausa normal para que se acomode la gente. Por error, con interferencias, continúa la voz, defectuosa):

A escena, Carlitos. Vamos a levantar el telón. ¿Listos? (Pausa.) Apágame la sala (fuera luz). Luz uno (ésta aparece). Viene el track uno (música de circo). El telón

(Se abre. El escenario aparece con algunos trastos amontonados de una producción ya muerta. Pausa.)

Entre don Carlos (pausa). ¡Entre! (Pausa.) ¿Qué sucede? (Pausa.) ¿Y el señor Ancira? (Pausa.) ¡Se está terminando el track! (Pausa.) ¿Qué pasa con Ancira? (Pausa.) ¡Carlos!

OTRA VOZ: ¡No está!

VOZ TRASPUNTE (defectuosa): Es imposible. Búsquenlo! (Pausa.) ¡A escena señor Ancira! (Pasos, carreras y murmullos atropellados.) ¡El público va a protestar! (Pausa.) ¡Telón! ¡Telón!

(Se cierra el telón. Pausa. Termina el track. La voz, ahora normal, trata de parecer calmada.)

Respetable público: por causas ajenas a nuestra voluntad. . . este. . ., una deficiencia técnica, debemos retardar la función unos segundos. Suplicamos atentamente nos disculpen (ruido de carreras. El telón es agitado por nerviosos manotazos) (defectuosa): Pon música. Mete la F. M.; es necesario que no se dé cuenta el público (se oye: "Perfidia"). ¿Lo hallaron? (Pausa.) ¡La multa que nos va a poner el inspector! (Pausa.) ¡Ah, don Carlos! ¿Qué le pasó? ¡Andele, ándele, a escena! Quita esa tarugada y pon el track uno.

OTRA VOZ: ¡Cállate hombre, está pasando la voz a la sala! (Se suspende "Perfidia".)

VOZ TRASPUNTE (normal): Tercera llamada. Tercera llamada. Rogamos atentamente al respetable público se sirva ocupar sus localidades. Comenzamos (pausa, nuevamente, la voz defectuosa). Track uno (música de circo). ¡Telón!

(Se abre el telón. Pausa. Nadie entra. Otra vez ruido de carreras. De pronto Carlos es arrojado a escena de fuerte empujón; pierde el equilibrio. Pausa. Se levanta sin entender lo que sucede. Descubre al público y queda aterrado. Observa el vacío escenario y ríe nerviosamente. Trata de no reflejar su angustia y sonrío al auditorio. Retrocede poco a poco y al fin sale huyendo.)

CARLOS: Deme tiempo para prepararme.

VOZ TRASPUNTE: Es tardísimo. A escena.

(Carlos es arrojado al escenario otra vez. Un poco chaplinescamente ofrece disculpas al público. Intenta salir por el lado contrario pero alguna amenaza lo obliga a desistir. Permanece unos instantes inmóvil, absorto, frente al público.)

CARLOS: ¿Qué estoy haciendo aquí?

(Pausa. Sonríe intentando dominar la situación. Tímidamente llega a un extremo del escenario.)

Línea (*sonríe*). ¡Deme línea! (*Para él*): ¿En qué comedia estoy? No recuerdo nada (*imperioso*). ¡Apúnteme!

(También pierde el control físico y empieza a girar lenta, casi imperceptiblemente, como flotando en medio de una pesadilla.)

¿Qué hago aquí? Seguramente es un sueño. No, no, imposible. Estoy en un teatro, creo. Hay gente que espera una función. ¿Sin decorado, ni utilería, ni otros actores? . . . ¿De qué comedia se trata? . . . ¿Dónde estoy? (Cesa de girar. Observa al público, lleno de estupor. Pausa.)

Perdonen el retraso, pero es que. . . hay un tránsito espeluznante (*pausa, desolado*). Hola, ¿se sienten bien?

(*Contestación a probables respuestas*):

1. Si se quedan callados: Claro, la posición de juez es pasiva.
2. Si la respuesta es incoherente: Claro, es cómodo eludir la posición de juez.
3. Sí: Claro, la posición de juez es cómoda.
4. No: Claro, la posición de juez implica tomar conciencia.

Supongo. . . no sé; probablemente ustedes son mis testigos. . . Espectadores, jueces, fantasmas o lo que sean; debo entretenerlos. Esperan algo de mí, es obvio. Están ahí, sentados. ¿Qué puedo hacer?

(*Pausa*.) ¡Ya sé! ¡*El Diario de un Loco!*

(Entusiasmado se apresta a comenzar. Camina rápido buscando los lugares apropiados mientras tararea el tema de Sofía.)

(*Renuncia*): No. No. Necesitaría el decorado, muebles, música. Además, alguno de ustedes ya la habrá visto.

Ese personaje me persigue desde hace diez años. Tengo miedo. ¡Ya no! Basta (*pausa*). ¡Qué situación! He soñado esto mismo infinidad de veces pero nunca en forma tan real. ¿Es cierto lo que estoy viviendo?

Aunque me encuentre en medio del sueño, estos instantes son verdaderos (*ríe*). Ahora no es *El Diario de un Loco*, sino *El Loco de a Diario*.

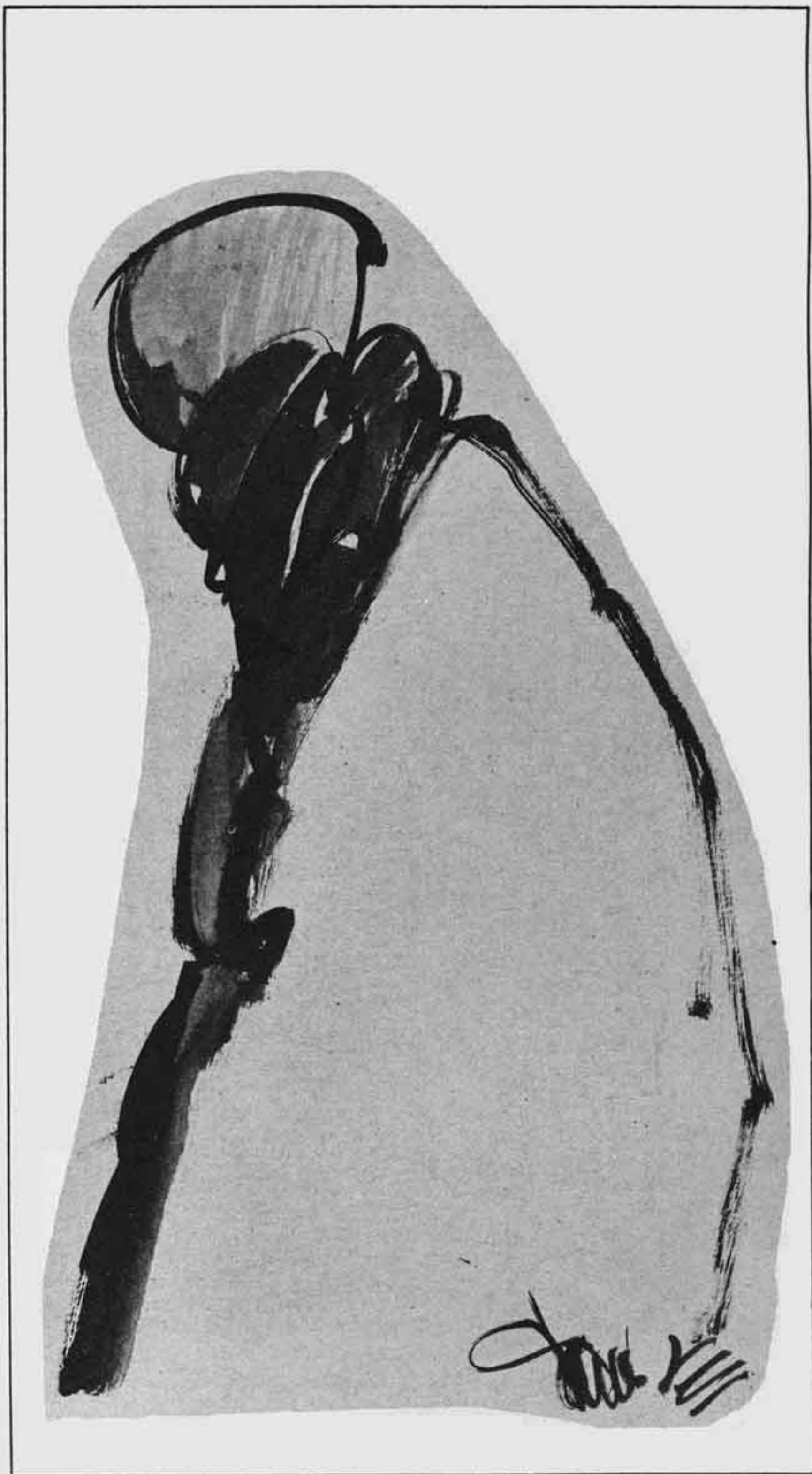
(*Se dirige tímidamente a un espectador*.) Señor, perdone la pregunta: ¿me podría decir si lo que está sucediendo es verdadero o parte de una pesadilla?

(*Contestación a probables respuestas*):

1. Es verdadero: Ah, pero a veces la realidad es una pesadilla. ¿Sueño? ¿Vivo? Quizás, vivo soñando.
2. Es una pesadilla: Ah, pero a veces la pesadilla es una realidad. ¿Sueño? ¿Vivo? Quizás, vivo soñando.
3. Si se quedan callados: Ah, silencio, como siempre. ¿Sueño? ¿Vivo? Quizás, vivo soñando.
4. Si la respuesta es incoherente: Como siempre, la comunicación es imposible. ¿Sueño? ¿Vivo? Quizás, vivo soñando.

(Gira, sin darse cuenta.)

Quisiera estar seguro (*ríe*): ¡Siempre buscando lo imposible! Sin embargo, me gustaría saber. ¿Y para qué? Sueño o realidad estoy aquí. Pero, ¿por qué estoy aquí? ¿Con qué objeto? Y ante un público, como si fuera un fenómeno en exhibición.



(Pausa.) Como en el zoológico.

(Su angustia va en aumento. Música de circo. Se transforma en simio y adopta poses de reto hacia el público. Mima una reja. Recibe un plátano que agradece con alguna gracejada. Ríe. Aplaude. Se rasca. Se aburre.)

(Recobra su personalidad): Incansables compañeros de evasión, jurados, fantasmas o espectadores. . . ¡buenas noches!

(Salta a uno de los pasillos y abandona el teatro. Pausa grande.)

(Reaparece por el otro pasillo): No pude huir. Soy un estúpido.

(Observa con atención el local, sorprendido): Quizás por tratarse de un sueño hoy descubro al teatro en su auténtica realidad: sin castillos, ni parques, ni residencias. ¡Qué raro! Un galerón. . . simplemente un galerón. Y el escenario (*sube a él*). . . unos cuantos metros de madera que se han tragado mil mundos. Y aquí se fueron 25 años de mi tiempo (*acaricia las paredes*). Viejo y maravilloso teatro. . . ¡eres admirable! Sobrevives a una agonía de cien años y te mantienes en pie, raquíptico, endeble. . . en galerones como éste, llenos de fantasmas y de trucos.

(Sonríe tristemente observando las diabladas, etcétera.)

No pude huir. Mi tiempo pasado. . . ¿perdido?, ¿inútil?, ¿bello? (Pausa.) Este escenario sin magia, es un cementerio. ¡Qué absurdo! Las pesadillas nunca duran tanto o quizás nunca terminan. . . Y si pido lógica a la realidad. . .

(Ríe. No sabe que hacer): “Y aquello fue lo que soñé toda una vida de ansiedad, mas desperté. . . (pausa): El zoológico.

(Música de “Tres Palabritas”. Canta imitando a Al Jonson y baila muy mal, tratando de imitar a Fred Astaire.)

Soy. . . lo que ustedes quieran ver y me transformo en lo que deseen. Pero, ¿debo convertirme en algo tan superficial? ¿Por qué no exigen de mí una sublimación de. . .?

(Convirtiéndose en un espectador burgués):

Bastantes problemas tengo en casa. En el teatro quiero reír, hacer bien la digestión.

(En él): También se puede digerir buscando fibras. . .

(En el burgués): No quiero pensar, payaso. Diviérteme.

(En él, jugando, mientras improvisa un circo con los elementos que encuentra): “Pobre del payaso que siempre ha de reír sin hallar un alma que calme su gran sufrir. Bajo su blanca careta cubre del dolor la mueca y ríe. Su filosofía siempre finge la verdad de lo que en la vida se llama la realidad. Vive el llanto en su garganta. Ríe siempre mi payaso y canta.”

(Meloepa de “Ríe, Payaso”, con Juan Pulido. Mientras acaba de formar el circo y payasea.)

(Pausa.)

¡Payaso!

Como se habrán dado cuenta, estoy desbarrando porque no sé qué hacer para entretenerlos. Improvisar es más difícil de lo que creía. Soy. . . un actor. Ignoro por qué me encuentro ante ustedes en este escenario, solo. Completamente solo.

(Ríe. Más tranquilo): Sueño o realidad no me hago ilusiones. Tampoco ahora lograré escapar de los críticos. Son parte de la pesadilla y jamás lo dejan a uno tranquilo. Ya puedo leer sus escritos:

(En un crítico): Querido intérprete con ansias de creador, me robaste un principio. ¿Acaso las formas no han avanzado? Te envió esta carta pésame, molesto. Pirandello.

(En otro): Monólogo es antiteatro. No hay conflicto sin diálogo. El texto está plagado de dislates. Al final se escucharon escasos aplausos de cortesía.

(En otro): A ver si en esta ocasión al cumplir nueve años de representaciones, aunque sólo sea los lunes, no anuncia: décimo año. Basta de inmoralidades.

(En otro): Teatro “in”, desafortunadamente “out”. Mucho apoyé a este actor cuando era un joven con porvenir. Ahora es un viejo con pasado. Vengan más jóvenes para alentarlos a que sean viejos. ¿O sí? ¿O no? (Ríe.)

Seguramente pensarán que estoy curándome en salud. Y es cierto. Tengo miedo (*pausa*): Eso no importa, ¿verdad? (*Ríe.*): Me van a pegar como nunca (*pausa*).

No, no es por ellos que siento miedo. Los críticos son los enemigos más benignos del teatro. Algunos tratan de destruirlo con frases ingeniosas. Otros, con airadas protestas porque cuanto ven no corresponde a su pequeño mundo. Muchos, quieren afirmarse enlodando cuanto observan. Los demás, alaban siempre porque son buenas personas. Y no falta quien convierte al espectáculo en reseña social. Ninguno está informado y pocos ejercen su profesión con amor. Pero el daño que causan es mínimo ya que en México, ustedes, queridos espectadores, rara vez leen las críticas y no se dejan guiar por ellas.

(Gira como si tratara de calmarse.)

¿Qué estoy haciendo aquí? Sin algo preparado tendré que recurrir a mi mundo interno y eso... implica un compromiso. ¿Por qué no me voy? (*Lo intenta. Se detiene.*)
¿Para qué? A donde vaya, me esperan los mismos fantasmas en locales similares a éste. Lo presiento. ¡Qué pesadilla obsesiva!

(Pausa. Deja de girar. Se enfrenta al público.)

Me asusta la jungla.

Todos los que trabajamos en el teatro somos los peores enemigos del teatro. No amamos a la profesión; sino a nosotros mismos, dentro de la profesión. A nadie reconocemos valor; nos gusta destruir cualquier intento ajeno. Caníbales. Sarcásticos. Agresivos poseedores de la "única" verdad.

(Imita a varios hombres de teatro.)

— ¿Y ofreciendo esos lamentables espectáculos espera usted que la gente vaya al teatro, compañerito queridito?

— Sólo mi concepto estético es válido.

— El teatro morirá cuando yo me retire.

— ¿Qué se puede esperar de un teatro hecho por mexicanos?

— Convirtió al drama en una comedia de risa loca.

El director odia cualquier dirección que no ha firmado. El actor compadece a los personajes que otros actores "destrozan". El dramaturgo detesta cuanta comedia no ha salido de su pluma. El escenógrafo sueña con un teatro sin actores. Y todos, absolutamente todos, celebramos divertidos el "fracaso" de todos.

Es la fiesta del subdesarrollo. El aquelarre de los genios. La vergüenza del ser humano (*pausa*).

Viejo y maravilloso teatro. ¿Cómo has podido soportar todo esto? (*Pausa.*)

Si Asturias, García Márquez, Cortázar y Borges arremeten unos contra otros como verduleras en los periódicos, ¿por qué nosotros, monstruos de egolatría, llamados trabajadores de la escena, deberíamos escapar? Los "trágicos" desprecian a los "comediantes". Los "comediantes" insultan a los "trágicos". El "cómico" odia al "cómico" y el "trágico" envidia al "trágico".

Recuerdo mi primer examen de actuación: un compañero subió emocionado a felicitarme y dándose vuelta comentó: "Pobre imbécil", hay que alentarlos para que cuando caiga sufra más (*ríe*). Antropófagos. Como en todas las carreras, por lo demás. Nadie quiere creer en nadie porque en el fondo todos tenemos miedo de nuestra propia incapacidad.

Y si esto pasa con los adultos, los jóvenes... ¡Ay, ay, ay! ¡Los jóvenes! Casi todos al pisar por primera vez un escenario dicen:

— "Hoy se inicia la historia del teatro mexicano." Con enorme facilidad llenan de estiércol a quienes no han visto trabajar porque: "las momias no valen la pena".

Se desprecia a quien ha logrado sobresalir; consecuentemente, ¡hay que hundirlo!

"Entre mediocres nos entendemos bien, sin complicaciones." El precio de realizar con amor la vocación es la soledad.

Con dinero es factible cambiar nombre a los teatros porque la tradición estorba.

¿Acaso no hay lugar para todos?

Por otra parte, las plagas de eruditos que saben todo para nada compartir porque son insensibles. . . o quieren serlo, a fin de no parecer ingenuos. En nuestro bosque los animalitos tímidos se disfrazan de bestias feroces y las bestias feroces, de intelectuales. No hay humanismo. No hay amor. No. . . No hay amor.

(Pausa. Perdido nuevamente, gira. Se sienta en el proscenio.)

Pensándolo bien, ¿acaso podría desear un actor algo más bello que estar frente a un público, real o imaginario, sin un texto bajo el cual ocultarse. . . y por primera vez mostrar su interior y el mundo en que naufraga?

Cuando era joven había en mí un escritor que maté para que surgiera el intérprete. ¡Si tuviera ahora las armas del dramaturgo! Con ellas imaginaría un texto y quizás lograra salir del paso.

¿Y por qué debo construir una obra tradicional con premisa, caracteres definidos y conflicto? ¡La construiré como me dé la gana, de acuerdo a los sentimientos que surjan! ¡Me sentaré en el banquillo de los acusados para que arbitrariamente renazcan mis fantasmas, temores y trampas! Mi raquíptico mundo será el espectáculo. Sobran jueces que lo destruirán, como destruyen la realidad.

(Ríe hasta llegar a la carcajada.)

Perdón, respetable público. Esto empieza a inquietarme (*ríe*). Estoy contento, muy contento a pesar de mi angustia. Y es que. . . en el ensueño o en la vida, existo.

Ustedes vienen al teatro a ver realidades definidas y se enfrentan a los problemas de los personajes y se conmueven o aburren ante estos tipos inexistentes, perfectamente trazados, pero incapaces de cambiar su conducta, su futuro. Para existir necesitan capas de maquillaje, luces artificiales o casas de madera. Desde su irrealidad brindan al público una realidad concreta. Y cada uno de ustedes abandona la sala con su impresión personal, habiendo visto únicamente lo que quería ver y no lo que el autor deseó mostrar. Magia. . . sueños. . .

Si esto sucede con personajes-títeres de un mundo preconcebido por el autor, ¿qué pasará ahora, en este largo sueño, donde ignoro la autenticidad de este momento, mi futuro y lo que estoy haciendo, no sólo aquí; sino en la enorme abstracción del mundo verdadero, no preconcebido?

Existo. Sin embargo, mi auténtica realidad resulta vaga comparada a la de un ser imaginario que espera la tercera llamada para vivir. . . dos horas al día. Quiero convencerme, convencerlos de que existo, de que estoy aquí, angustiado, sin maquillaje, con largo tiempo ante mí; no sólo dos horas, para formar un destino impredecible; con una tarea vital, no sólo escénica. . . es espera de llegar a comprenderme (*ríe*).

Y seguiré curándome en salud. Ya imagino los comentarios de algunos actores, mis compañeros, ante esta aventura.

(*En uno*): ¿Qué le pasa a ese calvo? No debería llamarse Carlos Ancira, sino Carlos "Aspira".

(*En otro*.) ¿A quién puede importar una vida mediocre? Es un trivial desesperanzado que no entiende la realidad política de América. ¿Y qué, ya se olvidó Tlatelolco?

(*En otro*.) Esa ramplonería obedece a su falta de misticismo.

(*En otro*.) E-go-la-trí-a. Pa-ra-no-ia. Ex-hi-bi-cio-nis-mo. Streap-tease mental.

(*En otro*.) Sin demagogias. Teatro popular aunque esté mal hecho.

¡Misión cumplida! (*Ríe*.)

Y todos, absolutamente todos tienen razón. Mis sueños, mi realidad, carecen de trascendencia (*ríe*). Ya lo dijo un presidente: "Actores y contadores son rémoras sociales. No producen." Y yo soy ambas cosas (*ríe*. Pausa).

¿Algo tiene trascendencia? La vida misma ha dejado de tenerla por falta de amor. A diario nos enteramos de cosas terribles en periódicos y noticieros de televisión. . . y las olvidamos. Fusilan a seres humanos ante nuestros ojos, se hunden ciudades, pueblos devoran a pueblos, el fuerte acaba con el débil impunemente, asesinan a un gran presidente, la juventud se droga. Si nada de esto trasciende, ¿por qué debería hacerlo una pesadilla que aborta un experimento teatral? (*Pausa*.)

Por lo visto el despertar se aleja. Entonces. . . ¡basta de subterfugios!

(*Imita fanfarrias.*) Comienzo. Alegría. Llegó el momento de la función. Se inicia la magia del teatro. ¡Música!

(“At Last”, con Glenn Miller.)

No, no, Glenn Miller no. Esa música me lleva a mi juventud.

(Cambio de luces. Regresa a sus diecisiete años físicos: se endereza, sus ojos se llenan de luz. En su actitud se adivina a un adolescente animoso. “At Last” deja paso a la música de circo.)

Camina. Tropieza. Cae. Se oyen risas. Se levanta y marcha decidido. Tropieza, cae. Risas. Se levanta. Topa con un muro invisible, trata de saltarlo pero no puede. Retrocede, corre, brinca, choca, cae. Carcajadas. Tambores de circo anuncian la pirueta peligrosa. Sube por una escalera imaginaria. Se oyen exclamaciones despectivas. Queda arriba temblando. Con un brinco salta el obstáculo y cae. Silencio.

Se levanta adolorido y busca calor humano pero descubre que está solo. Cojeando, sigue su marcha hasta una nueva caída. Silencio. Piensa tristemente. Decide levantarse.

A cada voz, aparece una luz. El va de una a otra.)

VOZ FEMENINA: Me aburre hablar. ¡Acción! (*Risa vulgar.*)

VOZ MASCULINA: (*Borracho.*) ¡Muera la inteligencia!

VOZ FEMENINA: ¡Así! ¡Así! ¡Hasta la locura!

VOZ MASCULINA: Estupidízate. No seas tonto.

VOZ FEMENINA: Y esta noche, no hubo miedo.

VOZ MASCULINA: Si eres mi amigo, cállate. Oyeme.

VOZ FEMENINA: Para estar a todo dar, es necesario no pensar.

VOZ MASCULINA: En un abrir y cerrar de ojos, ya la tenía patas arriba.

(Carlos tropieza nuevamente y queda en el suelo llorando. Quisiera no levantarse, pero algo le obliga a hacerlo. La música de circo es a cada momento más festiva.)

VOZ AMIGO: Yo te quiero mucho, pero eres un ingenuo. Vas vestido de blanco sin querer manchar tu traje. Despierta. Los conceptos amor y amistad quedan grandes a esa lombriz repugnante y lasciva que se llama hombre.

VOZ MASCULINA: Préstame veinte pesos.

VOZ FEMENINA: ¡A la camita! ¡A la camita!

VOZ AMIGO: Yo te quiero mucho, pero la incultura supina que llevas a cuestas, te impide analizar al hombre en su auténtica realidad y comprender el mundo en que vives. Con estudio, dejarás de aspirar a que te rompan el hocico.

VOZ FEMENINA: Vivamos verdaderamente. Hoy juega el América. ¡Vamos!

VOZ MASCULINA: ¿Cómo puedes soportarte siendo abstemio?

VOZ AMIGO: Algún día al levantarte de una caída, tu ropa quedará manchada. Lo estoy esperando. Yo te quiero mucho, pero no tienes salida. Te conformarás como todos, con los gargajos que otros tiran.

VOZ FEMENINA: ¿Cómo matar al tiempo? No se acaba.

VOZ MASCULINA: ¡Qué lindo es ese macho mexicano! ¡Al burdel!

VOZ AMIGO: Oye, contador: yo te quiero mucho, pero estudia historia. Ahí encontrarás la innata torpeza humana. Nadie escapa. Te romperán la cara. Te traicionarás. Lo espero. . . lo espero. . . lo espero. . .

CARLOS: (17 años) “Give me a kiss to built a dream on. . .”

(Cambio de luces. Recobra su edad actual. Está triste. Pausa.)

CARLOS: (44 años) La juventud. . . mi juventud. . . (*Ríe*). Entonces tenía la posibilidad de descubrir al mundo con su caudal de belleza y porquería. ¿Cuántos misterios podría aclarar? ¿Cuánta luz, apenas vislumbrada, me llenaría de vida? ¿Cuántas obras de Beethoven esperaban ser integradas a mi sensibilidad? ¿Cuántos relatos de Dostoievsky cobrarían vida al ser conocidos, para hacerme desear un mundo mejor? ¿Cuántas ansias, cuántos afanes, cuántas sonrisas por nacer, cuánta alegría de vivir, cuántos anhé-

los de justicia, cuántas camas más. . . hasta inventar el amor, cuántas obras por realizar? (*Pausa.*)

Creo que la juventud consiste en conservar el entusiasmo a pesar de los golpes. Es un estado de bella ignorancia con anhelos aún más bellos (*pausa*).

Luego entonces sigo siendo joven: ignoro miles de cosas; casi todas. ¡Por supuesto que soy joven! A pesar de la historia, sigo creyendo en el ser humano, en sus maravillosas posibilidades, en el amor. A pesar de la historia respeto al hombre y presiento su inminente victoria.

¡Soy joven! Tengo apenas 44 años. Estoy en la bella ignorancia llena de bellos anhelos.

Sin embargo, la muerte física día con día deja sus huellas en mí: la carne empieza a ablandarse, el pelo se fue, la cara se arrugó. Cada minuto que pasa es un minuto menos. Menos. . . Menos. . . ¡No puedo recuperarlo! (*Pantomima. El hombre contra el tiempo.*)

Mi tiempo se acaba. Sí, se acaba irremediablemente. Todo esto desaparecerá. Volverá a brillar para otros ojos que lo deformarán de acuerdo a su capricho, como lo hice yo. Nada volverá a ser, nada ha sido. . . como es para mí. Nada es, mientras yo me deshago. Lo que resta de mí, está aquí, deambulando entre el sueño y la realidad. ¿Qué soy? Un joven anciano que se acerca a la muerte.

Hay bellezas interminables que mis ojos aún no han visto, millones de sonidos prodigiosos que mis oídos no han disfrutado, incontables pensamientos que desconozco, mucha alegría por disfrutar (*pausa*).

No, no, no. No temo a la muerte, sino a desaparecer dejando inconclusas tantas obras por hacer, tantas conversaciones trucas, tantos encuentros, tantas ansias de ver un mundo mejor. No quisiera ir al olvido antes de agotar mis posibilidades.

¡Soy joven! Mi alegría de vivir está intacta, como cuando tenía 18 años. Mis ansias no han variado: mi vocación, mi fuego interno, mi entusiasmo; y mi rabia contra la torpeza, la autodestrucción, la pérdida de tiempo. ¡Tengo 18 años!

Pero ya disfruté a Beethoven, agoté a Dostoievsky. . . ¡No soy ya un animal deseable! Cada vez son menos las cosas que hacen subir por mi estómago el cosquilleo de lo imprevisto. ¡Qué tontería! 18 años anímicos en un cuerpo en proceso de descomposición.

A veces me detengo ante un árbol y su belleza me hace llorar (*pausa*). Está ahí, inmóvil. . . desafiando al tiempo y a la angustia (*pausa*).

¿Por qué ya 44 años? A pesar de haber actuado en los escenarios desde que era adolescente, la vida ha desfilado ante mí convirtiéndome en espectador; no puedo asir nada, mis pensamientos y mis obras no llegan a existir. ¿Vivo soñando? ¿O simplemente veo, sin participar, a través de mi ventana el irse de. . . de todo; sin poder cambiar los acontecimientos, sin trascender?

¿Cómo se fueron esos 44 años? Y así, sin darme cuenta. Hace unos instantes. . . Sí, unos instantes, en mis 15 años físicos. . .

(Cambio de luces. Regresa a sus 15 años. Se oye: "Amor Perdido." Se acuesta encima de la pista. Está inquieto. Molesto.)

CARLOS: (15 años) Estoy temblando. Ah. . . Ah. . . ¡Qué raro siento! Seguramente es castigo de Dios. Aunque me oculte bajo las sábanas, su mirada está fija en mí. Quisiera morir. Necesito hablar con alguien que me explique.

Papá. . . (*Va hacia un gran tambor de circo.*)

VOZ PADRE: Siempre estoy de viaje. Los días que paso en casa quisiera estar tranquilo, sin preocupaciones. Bastante tengo con la vergüenza de que tu mamá deba trabajar para ayudar a los gastos de la casa.

Carlos: (*A un tambor más pequeño*) Mamá. . .

VOZ MADRE: Cuando regrese tu papá. Yo soy mujer. No puedo hablar contigo de ciertas cosas. Quizás tus hermanos mayores. . .

CORO HERMANOS: (*Dos pequeños cubos circenses*) Enano. Enano cabezón.

VOZ HERMANO: Es un niño. ¿De qué puedo hablar con él?

VOZ OTRO HERMANO: ¿Por qué no le preguntas al maestro?

CARLOS: Allá sólo enseñan matemáticas y fechas. Y aquí sólo quieren que coma bien
(*pausa*).

Doctor. ¿Qué me pasa? Las cosas no son como antes. Siento distinto. No sé por qué a veces lloro o río o tengo ganas de morir. Nadie habla conmigo.

VOZ DOCTOR: No te preocupes, muchacho. Es normal. Pídele dinero a tu padre. Lo que necesitas es una mujer.

CARLOS: (*Al gran tambor.*) Papá... dice el doctor que me des dinero. Necesito una mujer.

VOZ PADRE: (*Entre risas divertidas.*) ¿Qué les parece? Le contesté: Me saldrás más barato si te casas (*carcajadas*).

(Cae al suelo llorando de vergüenza.)

OTRO AMIGO: ¿Cómo que para qué necesitas una mujer? Ay, manito, ¿qué en tu casa no te lo han dicho? ¿A poco no sabes nada? (*Carlos niega. ¿Y todavía crees en Santa Claus? (Carlos asiente.) ¡Ah, pues oye... bla... bla... bla...!*)

(Música circense con pretensiones de sensualidad. Se levanta no dando crédito a lo que oye y corre por todo el escenario, rechazando.)

CARLOS: ¡No es cierto! Ellos me lo hubieran dicho. Mi padres no son mentirosos. ¡No es cierto! Es más bonito lo que ellos dicen. ¡No! ¡No quiero creer! ¡No es cierto!

(Va al gran tambor y pregunta con pudor.)

Papá, hoy me dijeron que... que la cigüeña no existe y que los niños vienen al mundo porque... el hombre... entra en la mujer... y que por eso estoy enfermo. ¿Es cierto? (*Pausa.*)

Yo creía en ti, papá, en todo lo que decías. Esperaba que regresaras del viaje para oír tus chistes y aprender. ¡No volveré a creer en ti! ¿Por qué me dijiste mentiras? ¿Es tan fea la verdad? ¿Cómo pudiste dejarme llegar a los 15 años creyendo en la cigüeña y en Santa Claus y en Dios? Todo lo que me has dicho, todo lo que me has dado es mentira. ¿En quién voy a creer? Ah, papá, la realidad debe ser muy fea para que hayas tratado de ocultármela.

¡Voy a conocerla! Y si no es hermosa, lucharé porque lo sea. No te perdonaré esto, papá.

(Mima robar dinero. Va hacia una supuesta mujer y sufre las timideces del caso y de la época: se acerca temblando, con miedo a lo desconocido, a ser visto y a que le contagien una enfermedad. Música: "Blues in the Night".)

CARLOS: ¿Cuánto?

VOZ FEMENINA: Veinte y pagas el cuarto.

CARLOS: Yo... bueno.

VOZ FEMENINA: ¿Tienes miedo?

CARLOS: No. Es que... vengo a descubrir la vida.

VOZ FEMENINA: ¿Eres virgen?

CARLOS: Quiero... quiero conocer el amor.

(Risa femenina. Camina asustado de la mano de una mujer aparentemente gigantesca. Después observa medroso el invisible *strep tease*.)

VOZ FEMENINA: Oyeme, por veinte pesos no voy a perder toda la noche. Andale.

CARLOS: (*Se acerca sudoroso, temblando.*) ¿Por qué lees?

VOZ FEMENINA: Para distraerme, mientras terminas.

CARLOS: ¿Y... Y... qué hago?

(La luz vuelve a la normalidad. Cesa la música. Crece treinta años en dos segundos. Permanece estático, como si no pudiera borrar esa imagen.)

CARLOS: (*44 años.*) Sentí que el mundo no valía la pena. ¡Estúpido petulante! Suponía, como todos los niños de 15 años que el Universo principiaba y terminaba en mí. Incomprensión, silencio, mala educación: a eso se reducía todo. Y aquella noche, Hitler en el apogeo de su poder destruía millones de vidas queriendo implantar para siempre la vergüenza de ser hombre: fanatismo, violencia, Auschwitz... Y yo, lamen-

taba haber descubierto el "amor" en la cama de una prostituta aburrida. La bomba atómica estaba a punto de estallar, y yo recriminaba a mi padre, encerrado, como todos, en un pequeño mundo trivial.

(Pausa. Reinicia su eterno girar.)

¿Qué estoy haciendo aquí? ¿Qué estoy haciendo en el mundo? ¿Qué objeto tiene revivir estas imágenes? Son pasado. Ya no existen. No quiero que existan: no tienen sentido. Como tampoco lo tuvo la matanza de seis millones de judíos o las puestas de sol, puesto que todo cae al olvido sin dejar huella. . . ¿Sueño? ¿Vivo? ¿Vivo soñando? . . . ¿Por qué me duele revivir a los fantasmas? Estoy actuando. Esto es un escenario, hay público. Sin embargo, sufro. . . ¿por mi viaje al pasado? ¿Por los futuros Hitler? ¿Por la fragilidad o egoísmo del ser humano?

"I love you so much my eyes reveal it. . ."

(Pausa. Carlos baja al patio de butacas y habla directamente con algunos espectadores.)

Después de haber conocido el "amor", de haber conquistado la edad adulta, ¿eso era todo?, ¿ya no había más?, ¿repetir una y otra vez lo mismo hasta la saciedad, hasta la muerte? Nuevas caras. . . mismo resultado. Nuevos cuerpos. . . mismo goce. Pretender matar el vacío y la soledad con un cambio estúpido. Satisfacción momentánea y silencio. Y al cabo de algunas experiencias vividas, repetir las mismas palabras, recrear las mismas situaciones.

Hay un enorme zoológico donde escoger. Pero, ¿todo debe llevar al mismo final? ¿Y los sueños de conquista, de amistad, de comunicación?

Tengo miedo. No me entienden, no entiendo. Tengo miedo, como todos, a golpear y a ser golpeado; a convertirme en un sonriente profesional o en un solitario.

¿Usted no?

Y si todos tenemos miedo, ¿cuándo se va a iniciar el diálogo? ¿Por qué nos hemos condenado al silencio? ¿Por qué no aprendemos a ver, a oír, a sentir, a disfrutar el prodigio que nos rodea? Quisiera compartir estas sensaciones aunque me llamen ingenuo. Sólo somos un poco de tiempo, ¿por qué no aprovecharlo?

(Ruido de un accidente automovilístico, gritos de dolor, sirena de la Cruz Roja. Luces de faros. Sube a escena y corre desorientado.)

VOZ MADRE: ¡Tu papá está en la Cruz Roja!

VOZ DOCTOR: Contusión cerebral. Tres costillas rotas. Perdió una pierna.

CARLOS: ¡Es necesario que hablemos, papá!

(Cambio de luces.)

CARLOS: (44 años.) Y su angustia, ¿de nada sirvió? ¿Su simpatía, su sentido del humor, sus pequeños goces. . . nada? ¡Muerto! ¿Y ya para siempre la nada? Tanto afán, tanto fracaso, tantas ansias. . . ¿nada? ¿Nada para siempre? ¿Con qué objeto entonces? . . . (Suena la polka del "Pobre Valbuena".) Sus gustos, sus risas, las medicinas que vendió durante su tiempo, las zarzuelas que sabía de memoria. . . ¿nada tiene sentido? Pobre papá. No por su muerte. Por su vida. ¿Nada? ¿Nada? Mil caminos. . . mil posibilidades. . . y un solo final. "Japonesa, sí, sí, si consigo que me adores con ardiente frenesí, seré dentro de un mes el mortal más envidiado del Imperio Japonés. . ."

Estúpido petulante. A veces siento que el mundo sigue girando a mi alrededor. A pesar de esa horrorosa cualidad del ser humano gracias a la cual podemos vivir, llamada olvido. . . surgen imágenes, sonidos que. . . la "Japonesa, sí, sí" también ha muerto y desaparece en el olvido como mi padre, como Auschwitz, como todo.

Odio la facultad de olvido que me ha convertido en traidor. ¡No quiero llevar un plácido cementerio dentro de mí! (Pausa.)

¡Ahora entiendo este momento: ni sueño ni realidad! Es una cita con mis fantasmas, con mis ansias de vivir, de reír, de llorar, de no olvidar nada. ¡A pesar de mis 44 años, siento delirio por la vida! Me gustaría volver a experimentar el cosquilleo de lo imprevisible, como a los 18.

¡No acepto el fracaso de papá! ¡No acepto el fracaso humano! ¡No quiero que se desaparezca sin sentido!



(Se oye la Sonata Número Cinco para Violín y Piano de Beethoven.)

Pero Beethoven. . . ¿sus ansias de vivir, de gozar! ¿Y las de mi padre? ¿Y las de cada uno de los errantes viajeros? ¿Y las de usted? ¿Y las mías? ¿De nada sirvieron?

Un día: adiós "Japonesa, sí, sí", y adiós Joan Baez. . . y adiós, Salvador Allende. . . Adiós. . . Adiós ser humano. Adiós planeta. Tanto afán a la nada. Todo se vuelve viejo, cursi, fracasado, ramplón. Adiós a lo bello y a lo feo; y adiós también a las nuevas teorías que dentro de un mes se volverán amarillas por el tiempo. Adiós, antes de nacer. ¡No! ¡No quiero el adiós! ¡Odio el olvido! ¡Necesito encontrar una razón a este enorme absurdo!

Nostalgia de lo que fue. . . y se deshizo; de lo que pudo ser. . . y nunca se logró; de un mundo deformado por cada hombre. . . y de las mil personas que pude ser y que maté en el momento de la elección.

(Cambio de luces. Se convierte en un joven guerrillero.)

CARLOS: (17 años.) ¡Abajo la demagogia que con una sonrisa explota al trabajador! ¡Reconquistemos la dignidad humana! ¡El hombre no debe inclinarse! ¡Igualdad de derechos! ¡Escuelas para todos! ¡Libertad sin fanatismos, sin violencia, para estar en posición de construir el mundo que nos interesa! ¡Libres! (Cambio de luces.)

CARLOS: (44 años.) Maté al guerrillero que probablemente había en mí por incultura política (cambio de luces).

CARLOS: (17 años.) Una teoría se opone a otra pero la tercera nos sume en la confusión total. El hombre mata por defender ideas que no comparte. Convierte al Cristianismo en la Inquisición y al hombre superior en nazi. Busquemos algo que pueda unirnos; y con amor, puesto que el hombre es frágil, tratemos de entender y ser entendidos (cambio de luces).

CARLOS: (44 años.) Maté al filósofo que probablemente había en mí, por la simplicidad de mis ideas (cambio de luces).

CARLOS: (17 años.) La demagogia nos ha convertido en apáticos forjadores de chistes. El día en que el médico no vea en su paciente a una ficha, sino a un hombre, que el abogado defienda al hombre porque crea en él, que el político piense en el hombre como tal y no como una evolución histórica de cifras, en fin, el día en que el hombre sea respetado una nueva etapa se iniciará para la humanidad. Queremos a medias, respetamos a medias, y por eso nos aburrirnos a medias (cambio de luces).

CARLOS (44 años): Maté al maestro que probablemente había en mí por egoísmo, por falta de calidad humana. Y maté también al libertino, al hombre tranquilo, al escapista, al jugador, al obrero que había en mí. Maté a los mil "yo" con sus mil diferentes caminos.

Tantas posibilidades. . . Sí, siento nostalgia por ellas. ¿Por aquí? ¿Por allá? ¿Y por qué no esto, o lo otro? Todo frente a mí, al alcance de la mano. . . con un solo camino y breve tiempo para recorrerlo.

Constructor de palacios para que el hombre encuentre en ellos la paz. Constructor de salud para alejar al hombre de la muerte. Constructor de derechos para impedir la esclavitud del hombre. Constructor de ideas para que la felicidad esté al alcance del hombre. Constructor de. . . de todo, mientras me destruyo.

También siento nostalgia por el joven que era cuando elegí ser lo que ahora soy. Escogí. . . la nada; la ilusión mágica del teatro gracias a la cual he construido mil vidas, supliendo mi incultura con palabras eruditas que alguien pone en mi boca, con sensibilidad. Escogí ser todo. . . en la nada.

(Cambio de luces. Música de circo.)

CARLOS (17 años): ¡Soy una bestia! No sé nada. Pero aspiro. Necesito armas, estudio. ¡Denme armas para decir lo que quiero! ¡Armas! ¡Nadie podrá detenerme entonces! ¡Nadie! ¡Ah, la vida será maravillosa! (Se sienta en el suelo, con un libro.)

VOZ MAESTRA: Querido, pasa a escena y haz un viejito. Sí, sí, tú.

CARLOS (se pone en pie, nervioso): ¿Cómo?

VOZ MAESTRA: ¿No quieres ser actor? Haz un viejito.

CARLOS: Es que. . . No sé. Es mi primera clase de teatro.

VOZ MAESTRA: Voz, querido, voz.

CARLOS: Es mi primera clase de teatro.

VOZ MAESTRA: Voz al pecho, querido y haz lo que te ordeno.

(Lo intenta. Hace el ridículo. Risas.)

VOZ MAESTRA: Hay muchas profesiones útiles para el pueblo. ¿Por qué no vendes pepitas? No tienes nada que hacer en el teatro.

CARLOS: Es que. . . yo quiero.

VOZ MAESTRA: No basta.

(Baja del supuesto escenario. Risas.)

CARLOS: ¡Quiero! ¡Quiero! ¡Quiero ser actor! ¡Quiero! (Pausa.)

VOZ MAESTRO: ¿Y en una clase se dio cuenta de que no sirves para el teatro? Ven a mi grupo.

CARLOS: Yo le demostraré. . . me demostraré que. . . (ríe). ¡Soy el protagonista de la tragedia! ¡Soy Otelo!

VOZ MAESTRO: Con tu estatura resultarás un "Otelito".

CARLOS: ¡Soy Hamlet!

VOZ MAESTRO: Eres feo. Si de veras quieres ser actor opérate esa boca de riñón. Conócete. No tienes ángel ni personalidad. Nunca podrás encarnar a un héroe. Tu voz es débil, aguda. Tienes muchos obstáculos. De ti depende.

CARLOS (como en guiñol): Yo compro poco coco porque tres tristes. . .

(Cae víctima de un balazo. Se queda estático.)

(Cambio de luces. Se oye, lejana, "Because of You". Pausa. Su cara se ilumina.)

CARLOS (22 años): ¿Crees en mí? ¿Por qué? Sólo soy aspiraciones que quizás nunca se realicen. Nos han hundido. Juntos aprenderemos a reír, ¿verdad? ¡Por ti me tragaré el mundo a puños! Ternura. . . amor. . . amor verdadero: el que no necesita de la novedad para existir (se agiganta). ¿Qué importa la pesadilla anterior si estás aquí, si existes? Ahora entiendo la risa. Nuestro diálogo nunca terminará. Caminaremos juntos, sonriendo, hasta conquistar lo imposible.

VOZ AMIGO: Las sábanas remendadas pierden su perfección. Tu traje blanco se manchó. Lo esperaba. . . lo esperaba. . . lo esperaba.

CARLOS (44 años): A pesar de todo el diálogo no se ha interrumpido. Dicen que sólo se puede juzgar al hombre cuando ha muerto pues con la muerte desaparece su posibilidad de mudanza. Quizás, no sé (ríe), hasta ahora la risa continúa, la ternura y el amor del primer día. Por ti, sigo buscando. Por ti, soy. Gracias. Y gracias también por esos dos seres hermosos que me diste, alegres, carne presta a su búsqueda personal. Dos obras maestras, tangibles. Gracias a ti, a ellas, hay un paraíso donde descansar de la pesadilla.

(Regresa a la posición de la escuela. Nuevamente cae víctima de un balazo. Dice bien):

CARLOS: Yo compro poco coco porque como poco coco como, poco coco compro. Tres tristes tigres trigo trigaban en un trigal. Pablito clavó un clavito, un clavito clavó Pablito. El arzobispo de Constantinopla se quiere desarzobispoconstantinopolizar, el que lo desarzobispoconstantinopolizare, gran desarzobispoconstantinopolizador será.

(Se oye "El Greñudo José". Carlos baila. A alguien que se acerca):

No, no, gracias. Yo no. . . Porque no quiero drogarme ni emborracharme. Estoy contento así, nada más.

VOZ MASCULINA: Tu afán de seriedad es desesperante, puritano. ¡Eres muy aburrido!

(Cambio de luces. Se enfrenta al público.)

CARLOS (44 años): Si los problemas sólo hubieran nacido de mí. ¡Ah, la lucha contra el medio ambiente! No basta invertir algunos años en aprender. . . No, eso es sólo el principio. Se sale de la escuela con afán de conquista a pesar de la incompetencia y amargura de casi todos los maestros. . . Y entonces ¡no hay suficientes fuentes de trabajo! Y las que hay, están acaparadas por clanes de amigos, por compañeros de parranda, por alcahuetes, por extranjeros que favorecen a sus compatriotas aunque no tengan talento, por prostitutas, por conseguidores de droga y drogadictos, por homose-

xuales, por esclavos que van a comprar los cigarrillos, por rastreros que comparten los chistes y el hastío de quien les da trabajo (*pausa*). Como en todas las carreras.

(Corre a diferentes haces de luz.)

CARLOS (22 años): ¿Y el talento?

VOZ MASCULINA: ¿Cómo te atreves a hablar de talento si vives a la vuelta de mi casa? Eres autóctono. ¿Dónde pudiste aprender?

CARLOS: Hagamos obras que despierten inquietudes.

VOZ MASCULINA: La gente cambiaría de canal. Lo importante es vender jabón. El talento no sirve.

CARLOS (44 años): ¡Y a esperar la ansiada oportunidad! Hambre, desesperanza, soledad. Por fin. . . ¡la oportunidad! Y nada pasa, a nadie interesa el resultado. ¡Y más años de hambre, desesperanza, soledad! ¡No estoy en el ambiente artístico, sino en un mercado donde pequeños césares arrebatan la dignidad de quien se deja!

(Música de circo. La pantomima ahora es febril.)

VOZ MASCULINA: Ven el martes.

OTRA VOZ MASCULINA: Eres cotidiano, no ofreces interés.

OTRA VOZ MASCULINA: Ya que te di el papel, pásate una gorda, ¿no?

OTRA VOZ MASCULINA: Regresa el mes que entra.

OTRA VOZ MASCULINA: Sabes actuar pero no tienes público. Te daré trabajo cuando seas famoso.

OTRA VOZ MASCULINA: Eres feo. No te le antojas a nadie.

OTRA VOZ MASCULINA: Ven el jueves. Y con una cara más alegre, por favor.

(Pausa. Cesa la pantomima.)

CARLOS: ¡Y más años de espera! ¡Años! Esperar. . . Ver cómo los jotos de café con leche compran con un desayuno la alegría y la integridad de quien ya no podrá soñar. ¡Esperar! Hacer obras imbéciles para adquirir versatilidad y alimento mientras la carne se arruga. Prostituir la idea original se justifica en vista del hambre pasada. Esperar. . . sin despegar un solo instante la vista del teléfono que nos dará un llamado para alejar al hambre y al anonimato. Esperar. Observar la metamorfosis general: de entusiasmo a vampirismo, de inocencia a amargura. Esperar. ¡Esperar! ¡Esperar! ¿Cuánto te cobra fulano? ¡Está loco! Yo te lo hago por cien pesos menos, soy tu amigo. Esperar. . . como en todas las carreras, ¡esperar!

Como en la adolescencia, seguimos siendo los protagonistas de nuestro mini-drama, sin importarnos nada más. Luchamos por la superación mientras descendemos a la animalidad absoluta. Y un día. . . después de muchos años, ¡muchos! , llenos de pesadillas, casi sin saber cómo, se ha recorrido un pequeño camino y se supone, ingenuamente, haber vislumbrado la meta. Pero todos hemos recibido el mismo castigo y empezamos a defender nuestra pequeña posición: zancadillas, envidia, negación. ¿Culpables? Sí, pero también inocentes con una triste justificación.

Después, la gente nos idealiza y exige absoluta limpieza en la selección de nuestro trabajo, sin pensar que tenemos un cuerpo que nos obliga a subsistir.

Y otro día: "Fuera, tienes más de 40 años. Estás muy visto. Te acabaste. El mundo pertenece a los jóvenes. No importa el talento, sino la carne fresca."

¡Ah, burdel gigantesco, circo inclemente que arranca la alegría de vivir al joven y cualquier posibilidad al viejo! ¡Sólo en este país se come la fruta verde; se la agota antes de que madure! En cualquier parte del mundo, un hombre empieza a realizarse de verdad a los 40 años: cuando ya está asentado, cuando todas sus facultades están en plenitud. Aquí, es el momento preciso de tirarlo al cesto de basura. (Sonríe.) Salvajes. . . salvajes. . . salvajes. . .

Tropezar. . . caer. . . levantarse. . . hasta la muerte.

¡Por ti, me tragaré el mundo a puños! ¡Me levantaré sea como sea!

Y entonces hay que presentarse a una oficina y sonreír al burócrata en turno:

— ¿Puedo hacer esta obra?

— ¿Por qué me lo pregunta? Esta oficina es de orientación, nada más. Va a perder su dinero. A nadie interesan esas doctrinas exóticas.

—¿Y ésta?

—Bueno, pero sólo para mayores de 21 años.

—¿Aunque se hayan casado a los 16 y voten a los 18?

—Quisiéramos ahorrar a la juventud una visión tan desagradable del mundo. Desde luego no puede cobrar las localidades al precio que pide; hay que proteger al pueblo. Por cierto, ¿no le gustaría trabajar gratis el domingo en la Alameda?

Ellos se van a los seis años, pero nosotros tenemos que consultar a los nuevos burócratas, sin haber dejado de pelear con los sindicatos:

—Pero señor, es una obra sencilla, sin complicaciones; no necesito tanto personal.

—Aunque sólo necesite 5, debe pagar una planta de 15 empleados.

—Pero, es que. . . hay casos que ameritan. . .

—No se puede ir contra las conquistas sindicales.

—Pero sí se puede ir contra el teatro; un arte que no tiene defensa económica porque a fin de cuentas a nadie interesa. ¡Es inmoral cobrar sin devengar un sueldo!

Y si quiero experimentar trabajando en un garage no me dejan, porque desplazo a unos trabajadores que no necesito.

—En todas partes del mundo los experimentos se realizan fuera de los sindicatos.

—Pero estamos en México, y como México no hay dos.

Mis propios dirigentes sindicales sólo se preocupan por el cine o la televisión olvidando al teatro porque éste no representa ingresos fuertes para el sindicato.

¿De qué se trata? ¿De acabar con el teatro? ¿De acabar con la cultura? ¿De acabar con las aspiraciones del ser humano? . . . Porque esto mismo sucede en todas las profesiones. ¡Menos demagogia! Teatro popular, sí, pero bien hecho; o por lo menos, bien organizado. ¡Más locales! Que patrocinen teatro a distintos niveles escolares para que dentro de 20 años se haya formado un público; porque el resultado de este sangriento carnaval de asesinos es que la gente no se interesa por el teatro. En general, no acude. La entrada de un partido de fútbol sobrepasa al público de toda una temporada de regular éxito. El día que televisan un evento deportivo importante, los teatros quiebran. Toda proyección artística carece de trascendencia pues se desarrolla casi siempre ante butacas vacías. ¿Qué puede importar al vacío la protesta social, política o humana? ¿Qué puede importar la búsqueda de una estética nueva a la indiferencia?

A pesar de todo esto no podría vivir sin el teatro. Y no soy masoquista. Es que. . . los valores del teatro no pueden desaparecer. ¡Toda una tradición al olvido! ¡No! Un pueblo sin teatro es un pueblo sin cultura. Y la cultura es necesaria para poder vivir. Moribundo anacrónico, donde quedó mi tiempo. . . ¿perdido? Y aquí estoy: en mi único camino y con el hombre que escogí ser. No puedo dar marcha atrás: los mil cadáveres de lo que pude ser, ya apestan.

(Pausa gigantesca. Collage de música: todas las melodías usadas, con sus respectivas imágenes.)

Un día lloré de rabia y grité desafiante: quiero ser actor. Estoy en camino de lograrlo; ¿pero dónde está mi obra? Cuando se cierra el último telón, va al olvido. Sólo queda en cuatro mentes que la irán deformando por el paso del tiempo. El cuadro sobrevive al pintor, la partitura al músico, el texto queda guardado en los libreros. Pero la obra del actor de teatro es aire, sentimiento, emociones. Nada, desde el principio. Tan efímera como el tiempo que dura la función. Nada. ¿Dónde quedó mi obra? ¿En tres fotografías amarillas por el tiempo?

(Como loco se agita entre las convulsiones de sus personajes y sus ansias propias.)

¡Aquí está! ¡Aquí! ¡En mí mismo! ¡Ya la siento revivir!

(Cae al suelo convulsionándose. Se inmoviliza. Pausa. En Zaratustra, de "Zaratustra".)

Otra vez. . . otra vez he vuelto a soñar. ¿Cuántas veces he dormido? ¿Cuántas veces he despertado, envuelto en sangre, llorando, como si acabara de nacer? En fin, aquí estoy de nuevo otra vez al comienzo. ¿Cuántas veces más los hombres me despedazarán? Yo sé bien que ese sol que estoy mirando no alumbra allá a lo lejos; sé que nace dentro de

mí, calienta el interior de mi vientre, sube por mi garganta y hace una hoguera en mi lengua. Mi boca en llamas tiene necesidad de escupir su fuego. ¡Necesito oídos! ¡Necesito humanos! ¡El Universo es una construcción rítmica! No podemos aportar a esta danza más de lo que somos. Da igual morir, da igual vivir.

(Mismo truco. Solomón, de *El Precio*.)

Muchacho, usted no sabe psicología. Si los muebles no se rompen, ya no hay más posibilidades. Tome esta mesa por ejemplo. Escuche: un hombre que se sienta a esta mesa no sólo sabe que está casado sino que tiene que seguir casado. Usted se ríe, pero le estoy diciendo la situación real. ¿Cuál es la palabra clave en nuestros días? Desechable. Todo es más apreciado cuánto más fácil sea deshacerse de ello: el auto, los muebles, la esposa, los hijos. Todo tiene que ser desechable. Porque... ¿sabe usted? Lo principal hoy en día es ir de compras.

(Mismo truco. Vladimiro, de *Esperando a Godot*.)

Un perro llegó a la cocina y se apoderó de un jamón. La cocinera furibunda lo hizo pedazos con el cucharón. Los otros perros lo siguieron y un fastuoso entierro le hicieron. Bajo una cruz de palo blanco este epitafio le escribieron: un perro llegó a... ¿Acaso he dormido mientras los otros sufrían? ¿Acaso duermo en este mismo momento? Y mañana, cuando crea despertar, ¿qué diré de este día? ¿Que he esperado a Godot, junto con Estragón, mi amigo, en este mismo lugar y hasta la caída de la noche? Sin duda. Pero, ¿qué habrá de cierto en todo esto? El no sabrá nada. Hablaré de los golpes que ha recibido y le daré una zanahoria. A caballo sobre una tumba y un nacimiento difícil. En el fondo del agujero, pensativamente, el sepulturero aplica sus hierros. Tenemos tiempo para envejecer. El aire está lleno de nuestros gritos. Pero la costumbre es una gran sordina. A mí también me mira otro y se dice: duerme, no sabe nada, que duerma. ¡No quiero seguir!

(Mismo truco. Epicuro, de *El alquimista*.)

Tendré una lista de concubinas y serviré a 50 mujeres por noche. Biselaré mis espejos en mil ángulos sutiles para que multipliquen las imágenes cuando me pasee desnudo entre mis súcubos. Mis manjares llegarán en conchas de la India; en bandejas de ágata engarzadas en oro. Lenguas de carpa, comadreja y patas de camello hervidas en espíritu solar.

(Mismo truco. Lopajin, de *El jardín de los cerezos*.)

Lo he comprado yo. ¡Lo he comprado yo! ¡El jardín de los cerezos es mío! ¡Mío! Díganme que estoy borracho, que no estoy en mis cabales, que todo esto son figuraciones mías. ¡No se rían de mí! Si mi padre y mi abuelo se alzarán de sus tumbas y vieran este acontecimiento; si vieran como su Iermolai, el apaleado e inculto Iermolai, el que corría descalzo durante el invierno; ese mismo Iermolai ha comprado la más bella finca del mundo. He comprado la finca donde mi padre y mi abuelo fueron esclavos! ¡Eh, músicos, toquen! ¡Quiero oírlos! Vengan todos a ver cómo Iermolai Lopajin va a hundir su hacha en el jardín de los cerezos, vengan a verlos caer en tierra. Construiremos casas de campo y nuestros nietos y bisnietos verán aquí una nueva vida. ¡Toda Rusia será nuestro jardín! Ojalá pase esto lo más rápidamente posible. Ojalá cambie pronto nuestra absurda, nuestra desgraciada vida.

(Mismo truco. Okla, de *Punto H*.)

Falta el precio que me será preciso pagar cada uno de los días que me quedan de vida por haber decidido en favor de la creación de la atómica. Curiosa victoria. ¿En qué hay que creer? ¿En el aliento del hombre? ¿En sus pulsaciones? ¿En su cuerpo de carne? ¿En lo que uno ve o en lo que uno oye decir de él? Pero lo que hace que el hombre sea hombre no se ve, no se oye. Entonces, ¿en qué creer? ¿En el hombre, simplemente porque es hombre?

(Mismo truco. El Viejo, de *Las sillas*.)

Oh, señora, señora. La llamaban a usted "la Bella". No ha cambiado nada. ¡Uy, sí, sí! Como se le alargó la nariz, y se le infló. Terriblemente alargada. ¡Ay, qué lástima! ¿No habrá sido adrede? ¿Cómo ocurrió? Poco a poco. Semíramis, faltan sillas. Oh,

bella, bella. . . está usted corcovadita. ¿Quiere usted que recuperemos el tiempo perdido? Todavía podemos. ¿Podemos todavía? ¡Ay, no, no! Ya no se puede. El tiempo ha pasado tan rápido como el tren, ha trazado rieles sobre la piel. ¿Usted cree que la cirugía estética puede realizar milagros?

La Vieja (*es una luz*): Yo no he engañado a mi esposo el mariscal, todavía. Ay, no, no tan fuerte que me va usted a hacer caer. Yo sólo soy su pobrecita mamá. Esos gritos los lanza mi conciencia. Déjeme. Para mí, se rompió la rama del manzano. Yo no quiero deshojar las rosas de la vida.

Carlos (*en el Viejo*): ¿Quiere usted ser mi Isolda y yo su Tristán? La belleza está en los corazones. Nos hubiera tocado la alegría, la belleza, la eternidad. . . ¡la eternidad! ¿Por qué no nos atrevimos? No lo supimos desear bastante. Lo hemos perdido todo, perdido. . . perdido. . . perdido. . .

(Mismo truco. El Oficial, de *El ensueño*.)

Un muro y otro muro y otro muro. He vivido tanto prisionero que no sé dónde comienzo yo y dónde termina esta celda. El mundo entero es una jaula y esa jaula nace de mí. El castillo crece, pero hacia abajo. Vertiginosamente las escaleras se hunden. Y hay formas como topos planeando invasiones. Y a medida que avanzo, esas bestias cavan laberintos ante mí. Y sé que un día invadirán los pisos altos del castillo apoderándose de los aposentos y ya nunca más podré volver a ver el sol. Puedo. . . ¡Puedo! No, ¡no quiero! De todas maneras fracasaré. Todo goce en la vida debe pagarse con el doble de dolor. Donde estoy, estoy mal; pero si obtengo mi libertad me acarrearé sufrimientos tres veces mayores.

(Mismo truco. Amadeo, de *Amadeo*.)

Mira, Magdalena: todas las acacias brillan. Sus flores explotan. Ascenden. La luna ha florecido en medio del cielo y se ha convertido en un astro brillante. La Vía Láctea de leche espesa, está incandescente. Hay miel, nebulosas en profusión, arroyos de plata líquida. ¡Tengo una estrella en las manos! Nunca la había tocado. Ramilletes de seda florida, árboles en el cielo; y espacio. . . espacio. . . un espacio infinito.

(Mismo truco. Hamm, de *Fin de partida*.)

Esto avanza. Se acabó. Estamos acabados. Casi acabados. Algo gotea en mi cabeza. Tac, tac, tac; siempre en el mismo punto. Ya basta. ¿Dónde está mi calmante? Ya no hay calmantes. ¡Esto avanza!

(Mismo truco. Papristchin, de *El diario de un loco*.)

¿Cómo? ¿Cómo pude pensar, cómo pude imaginar que yo era un vulgar oficial V, consejero honorario? ¿Yo? ¿Pero, cómo pudo meterse en mi cerebro este pensamiento extravagante, insensato? Me siento feliz de que a nadie se le haya ocurrido encerrarme en un manicomio. Antes. . . era algo terrible: todo estaba frente a mí, envuelto en la bruma, no comprendía nada. Pero ahora todo se reveló. Ahora todo está claro: ya no se puede vivir en este mundo. No, no. Agua helada no. Más bastonazos no. Ya no. Ya no.

(Trata de volver a la realidad sin lograrlo. Camina desorientado. Al fin, despierta.) Necesito mi disfraz. Necesito defensas para volver a la realidad. Vengan, magníficos problemas y fantasmas personales que me afirman a mí, con lo que soy. Eso es, ya estoy protegido. Por buscar mi obra estaba a punto de perderme a mí mismo. Ya no. Y aún así, disfrazado, ¿dónde quedé yo? Mil hombres perfectamente contruidos dentro de uno que se destruye. En medio de tantas personalidades, ¿dónde está la mía? ¿Dónde termino yo para que todos ellos empiecen? . . . Me sobrevivirán. Otros los animarán con sus puntos de vista. ¿Y después de repetir mil inquietudes ajenas, acaso no son ya mías? ¿Quién soy yo? Mi futuro se reduce a una fila de personajes impacientes por entrar a mis sentidos. Me negarán, mientras ellos brillan. El auténtico diario de un loco. Soy. . . soy todos ellos.

¿Qué estoy haciendo aquí? . . . A caballo sobre una tumba, necesitando aire, mucho aire, con una estrella en las manos. He vivido tanto prisionero que otra vez he vuelto a soñar y lo he perdido todo, perdido. He caminado tanto que ya no puedo vivir en este

mundo. Ojalá cambie pronto nuestra absurda vida para poder creer en el aliento del hombre.

(Pausa.)

¿Soy esto? ¿Un conjunto de frases que se hilvanan para producir el caos? ¿Es esta mi obra? ¿Una confusión de sensaciones que se empolvan tras un telón cerrado? Sí; un cementerio de frustraciones y alegrías que sólo esperan mi muerte para destruirse totalmente. Estoy perdido en un mundo de ensueños deambulando entre las imágenes y la sociedad hostil lleno de obsesiones ajenas en busca de las propias. Conociendo a Beethoven y a Auschwitz, giro, giro en el mundo absurdo mientras quiero aferrarme a cada instante ido y exijo el derecho a realizarme en medio de la indiferencia, gritando:

— ¡Todavía estoy aquí! (*Deshace el circo.*)

— ¡Todavía estoy aquí, naufragando entre mis juveniles sueños de belleza! ¡Todavía estoy aquí, con mis ansias de tragarme el mundo a puños! ¡Todavía estoy aquí, ávido de aprender a vivir!

Y aún hay millones de árboles por descubrir. Estoy ante la pasividad perfectamente controlada de la naturaleza en espera de mil atardeceres con mil diferentes matices cada uno; ante la naturaleza que no busca entender y que a pesar de los brutales ataques recibidos por el hombre, plácidamente desafía al tiempo ofreciendo sus maravillosos contrastes una y otra vez haciendo brotar de sus partes muertas nuevos destellos de nuevas esperanzas. En su plenitud parece decirnos: No has aprendido a vivir.

(Pausa.)

¡Entiendo! ¡Entiendo! ¡Qué estúpido soy! Siempre anhelé trascender, vencer a la muerte dejando rastro de mi paso por el mundo. Lo importante es vencer a la vida y caminar por el escenario maravilloso de la naturaleza, aunque sólo sea un espejismo. ¿Cuánto tiempo me queda? ¿Dos meses? ¿Quince años? ¿Con qué llenarlos? ¡Formidable tarea ante mí! ¿Con la adquisición de futuros personajes a los que debo decir adiós desde este momento? ¡Claro que sí! ¿Por qué debe atormentarme lo que al principio fue una meta? ¡Mil hombres en uno solo; y mil más, si tengo tiempo! Seguiré perdiéndome y encontrándome en ellos. Y si caigo mil veces más, mil veces más me levantaré, porque ésta es mi libertad.

Giro, giro en el caos mientras creo existir. Al carecer todo de sentido, he encontrado el auténtico sentido. ¡Tonta manía de suicidarse buscando la inmortalidad! Pero el absurdo no debe confundirse con la estupidez; por eso seguiré afrontando mil luchas más contra el medio ambiente, contra los fantasmas. . . rescatando así mi única posibilidad antes de desaparecer.

No, no perdí mi tiempo pasado en los escenarios; al contrario: gracias a él me enfrento a este nuevo reto: encontrar a los 44 años la posibilidad de nacer, como nací a los 20, cuando me dieron amor. ¿Qué importa morir y confundirse con los millones de sueños ya muertos? ¿Qué importa la muerte? ¡Estoy aquí, ahora, con mi alegría de vivir, ante el cosquilleo de lo imprevisto! ¡Soy nada! Pero de momento estoy aquí, naciendo de nuevo. Cuando la muerte se acerque podré decir: maravilloso absurdo que me obligó a luchar, a aspirar, a ver, a sentir, a cantar, a llorar, a dudar, a no morir anímica antes que físicamente. ¡A vivir!

Y ahora, si ustedes me perdonan, habiendo despertado de la pesadilla, me lanzo a descubrir los prodigios que algunas imágenes confusas y amarguras personales me estaban arrebatando. Contra la torpeza, las teorías contradictorias, el fanatismo, la erudición que todo lo niega, la jungla. . . ¡Contra lo que sea. . . voy a disfrutar este momento de mi despertar! ¡Voy a vivir plenamente! ¡A vivir!

(Sale corriendo por un pasillo. Se cierra el

TELON.)